

pobre niño, inclinado sobre su pecho, lloraba llamándola muy bajo. El sacristan, movido de compasión á la vista de este espectáculo desolador, fué en busca de socorro. En breve acudió toda la aldea precedida del alcalde y del cura. La infortunada fué trasportada á la celda del cura antes de volver en sí.

¡Cómo nos quedamos, cuando á la trémula luz de los faroles conocimos á nuestra hermosa Clementina!

Los vestidos calados por la nieve tenia pegados á sus miembros macilentos; la desgracia habia entreverado alblancura de su tez habia gecho lugar á una lívida palidugunas canas con el negro lustroso de su cabellera; la blancura de su tez habia hecgo lugar á una lívida palidez; sin embargo conservaba aun todo el hechizo pasado sus tan puras facciones. Ni aun la muerte pudo desfigur su angelical dulzura.

Por espacio de ocho dias Clementina, presa de un delirio espantoso, no conoció á nadie. En fin en fuerza de asistencia se verificó en su estado una mejoría sensible; pero conoció que no dejaria el lecho del dolor sino para ser llevada al cementerio. Lo que primero le ocurrió fué su padre. Por temor de una nueva crisis se procuró ocultarle la verdad; mas ella la adivinó.

—¡Oh Dios mío! murmuró juntando las manos, perdónadme! Si no hubiese abandonado su vejez en manos mercenarias, viviria todavía.... Me ha maldecido tal vez, y sin embargo....

Aprestréme á tranquilizarla.... No, le dije; vuestro padre ha sufrido por vuestra ausencia, pero no os ha acusa-

sado. Ha adivinado que un poder mas fuerte que vuestra voluntad os detenia lejos de él, y ha muerto bendiciéndo....

No puedo pintaros, hijos míos, el reconocimiento que resplandeció en los ojos apagados de Clementina al escuchar mis palabras. Habiendo orado largo tiempo con fervor, pidió que se la dejase sola con el cura el alcalde y yo. La desafortunada nos dijo entonces que serie de horribles adversidades le habian impedido venir á recoger los últimos suspiros de su padre. No os referiré circunstanciadamente estas adversidades, hijos míos, pues ello me seria demasiado penoso. Basta que sepais que, extinguido una vez el amor de Gustavo, éste no conside-

con ese enlace, atosigó á Clementina con los mas amargos desdenes. Nos decia que la idea del aislamiento en que su muerte dejaria á su hijo, la habia impedido únicamente atentar á su vida. Pero el cáliz de la pobre mujer no estaba todavía apurado. Gustavo, impulsado por los consejos de su familia, cuyo perdon consistia en el destierro de Clementina, no guardó ya consideracion alguna á su víctima. Un dia le dió á entender que iba á poner en casa de un banquero una suma de dinero con que pudiese ella vivir, que volveria á San Ivo y le dejaria su hijo. La desventurada no respondió una palabra. Gustavo, demasiado mal padre para comprender el amor maternal, creyó que su mujer consentia con gozo en la separacion. Se retiró alegre de haber evitado un mar de lágrimas y reconvenciones. En aquel mismo dia llegó la carta que anunciaba la enfermedad del padre Ribaud. Clementina no vaciló ya en poner por obra un proyecto formado de mucho tiempo atras. En la mañana siguiente, reuniendo los efectos y el poco dinero que le habia dejado la avaricia de Gustavo, fué á tomar en la diligencia un asiento que en la mañana estuvo á ajustar para sí y su hijo. La dureza de M. de Montmance le habia llegado al corazon. Sentia que sus dias estaban contados, y de allí en adelante solo deseaba llegar bastante á tiempo para abrazar al anciano que se moria, y morir con él.....

Cuando ya no exista, se decia á sí misma, Gustavo amará á nuestro hijo.

La infeliz partió; pero una fiebre violenta la forzó á

parar en el camino. Cuando estuvo fuera de peligro, era pasado un mes; sus recursos estaban apurados, y para alcanzar S. Ivo hubo de andar treinta leguas á pié con su hijo en los brazos. A no ser por el sacristan, probablemente la que fué orgullo de nuestra aldea, hubiera muerto de hambre y de frio bajo el pórtico helado de la iglesia.

Clementina al fin de sus dolorosas comunicaciones pidió tinta y papel, y luego escribió á su marido la carta mas afectuosa, recomendándole su hijo. La dulce criatura no dirigió ni una queja al hombre que tan cruelmente la habia tratado. Los culpables tan solo conocen la obtera; las almas inocen-



ró mas á su consorte sino como hija de un albañil. Fútes son siempre sosegadas. Luego que M. de Montmanriose contra sí mismo por haber malogrado su porvenir, ce acabó su carta la entregó al cura. El digno pastor